

LA ACCIÓN SOCIAL DE LA IGLESIA CATÓLICA Y LAS AYUDAS HUMANITARIAS

(Agosto 1995)

Desde los comienzos del cristianismo, como lo atestigua el Libro de los Hechos de los Apóstoles, los primeros discípulos de Jesucristo, siguiendo las enseñanzas y el ejemplo de su Maestro, manifestaron una especial preocupación por los más pobres o desfavorecidos.

Aquella Iglesia naciente se organizó, desde sus orígenes, para el servicio de los más necesitados. Los Apóstoles eligieron diáconos que se ocuparon de atender a las viudas y a los pobres, pues *«nosotros debemos atender a la oración y al ministerio de la Palabra» (Hch 6, 4)*.

Ya en este relato histórico aparece claramente diversificada la triple misión de la Iglesia: la alabanza del Señor por medio de la oración, que es su misión sacerdotal; predicar y enseñar, o sea, su misión profética, y la diaconía o servicio: su misión regia, es decir, proclamar con signos precisos que el reinado de Cristo ha comenzado, un reino de justicia, de amor y de paz en el cual reinar es servir: *«quien quiera ser el primero entre ustedes, sea el servidor de los demás» (Mt 20, 27)*.

Por medio de esta misión servicial o caritativa, la Iglesia despliega siempre y en todas partes su acción social, atendiendo solícitamente a los más necesitados, porque *«a los pobres los tendrán siempre con ustedes» (Jn 12, 8)*.

Esta palabra de Jesús no es un anuncio fatal sobre la permanencia de la pobreza en el mundo, aunque desgraciadamente, dos mil años después de su paso por la tierra, hay numéricamente más pobres hoy que en tiempos de Cristo. Jesús alude, más que a la triste persistencia de esa condición social, al deber de remediarla eficaz y directamente: *«a los pobres los tendrán siempre con ustedes»*, o sea, viven junto a tu casa, no puedes pasar de largo, no se les puede categorizar masivamente, convirtiéndolos en porcentajes, haciéndolos entrar en estrategias económicas como últimos beneficiarios de un desarrollo o de un «progreso» que siempre los va dejando al margen. Para el cristiano, el pobre está ahí, ahora, no puede esperar, lo tenemos siempre con nosotros y reclama lo suyo.

Evidentemente, la Iglesia de Jesucristo quiere el crecimiento económico y el aumento de la producción, pero también la distribución de las riquezas, la participación de los más pobres en los beneficios, que deben alcanzar a todos. Siguiendo el realismo práctico de Jesús, no es posible aplazar la respuesta a la súplica angustiada del pobre para cuando la situación económica sea más favorable, *«nos apremia el amor de Cristo» (2 Co 5, 14)*. Debemos tomar en consideración al pobre concreto, al que llama a nuestra puerta, al que está siempre con nosotros. *«Si el hermano o la hermana están desnudos y carecen del alimento cotidiano y alguno de ustedes les dice: vayan en paz, caliéntense y coman, pero no les dan con qué satisfacer sus necesidades, ¿de qué les servirá? (St 2, 15-16)*.

Estas son las razones evangélicas, cristianas y, por ende, profundamente humanas que históricamente han movido a la Iglesia para realizar en todas partes su acción caritativa y social que le es propia y connatural. Este servicio lo ha prestado la Iglesia en Cuba ininterrumpidamente, desde los primeros hospitales que se fundaron en la época colonial hasta nuestros días.

En los años 60 y 70, la comunidad católica se organizó sin ninguna ayuda extranjera para brindar sostén económico a las familias que se iban del país y cuyos miembros adultos quedaban sin trabajo; contribuyó con las familias pobres que tenían presos que socorrer, para que pudieran llevarles los alimentos que periódicamente recibían, y siguió ayudando a muchos otros necesitados.

Estas acciones se apoyaron en la capacidad de compartir lo poco o de dar desde nuestra misma pobreza. Con ese estilo raigalmente cristiano, sigue actuando hoy CARITAS cubana. Durante la proliferación de casos de polineuritis, varias parroquias se organizaron con recursos alimentarios propios, allegados con el esfuerzo solidario y generoso de los fieles, para atender a centenares de pacientes. Por medios muy diversos, y poniendo siempre en práctica el consejo de Jesús: «*que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu mano derecha*», la Iglesia en Cuba ha tratado de cumplir con el apremiante requerimiento de su Señor: Estuve con hambre, desnudo, preso o enfermo y ustedes me asistieron... «*cada vez que lo hicieron a uno de esos pobres a mí me lo hicieron*» (Mt 25, 40). En el necesitado que la Iglesia ayuda, ella contempla siempre el rostro doliente de Jesús.

Así ha servido y sirve CARITAS cubana a hospitales, círculos infantiles y hogares de ancianos, a los alcohólicos anónimos, a las familias en las que algún miembro padece el síndrome de Down, a ancianos y enfermos crónicos en sus hogares, o trayendo medicamentos específicos que no hay en Cuba y que los médicos recetan a sus pacientes, consiguiendo sillas de ruedas y otros medios ambulatorios, contribuyendo a techar y reparar casas afectadas por desastres naturales, etc.

CARITAS y, con ella, la Iglesia Católica en Cuba comenzaron a prestar muchas de estas ayudas sin las necesarias facilidades para su acción, con una mirada sospechosa de proselitismo o de búsqueda de protagonismo por parte de algunos funcionarios que se ocupan en nuestro país de las ayudas humanitarias. Se han dado después pasos positivos en la comprensión del papel humanitario que pueden desempeñar los cristianos en nuestra sociedad y en hallar los modos apropiados para que la Iglesia Católica llegue a ejercer con toda libertad la acción social y caritativa que le es propia. Por medio de esta acción han resultado beneficiados ya amplios sectores de nuestro pueblo, que tanto lo necesita en la situación difícil que ahora atravesamos.

En este empeño de servicio social, no solo CARITAS cubana, sino también la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba y otras instancias de la misma Iglesia han recibido una ayuda amplia y generosa de otras Iglesias católicas de Europa, América del Norte y América Latina y de Organizaciones no Gubernamentales Católicas y no Católicas. A petición de la Unión Europea, CARITAS ha participado en la distribución de alimentos enviados como ayuda humanitaria por los países de Europa que integran dicha Unión. En el pasado mes de junio, convocada por el Consejo Pontificio «Cor Unum», tuvo lugar en Roma una reunión de varias personas representativas de la Iglesia en Cuba con más de veinte organizaciones internacionales católicas de ayuda humanitaria. En dicho encuentro, esas instituciones mostraron su interés en aumentar su ayuda a Cuba en colaboración con la Iglesia Católica en nuestro país. Algunos de estos planes comienzan a estructurarse ya.

Por todo esto resulta sorprendente que, en recientes declaraciones, el Sr. Richard Nuccio, Asesor del Presidente norteamericano William Clinton, mencione por su nombre a CARITAS Cuba, haciéndola aparecer como un organismo dependiente en alto grado «*en su presupuesto*» de ayudas de Estados Unidos, que, por otra parte, no detalla, dando la impresión que estas provienen del gobierno de ese país.

CARITAS no «presupuesta» su programa de ayudas basándose en contribuciones de ningún país u organismo internacional, pues no sabe de antemano los donativos con que contará, ni en cantidad ni en calidad, para un período de tiempo determinado. Es cierto que una parte apreciable de los donativos recibidos proviene de organismos de la Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos o de otras instituciones católicas de ese país, pero los fondos para esas ayudas han sido recolectados entre los fieles católicos norteamericanos. Al gobierno de Estados Unidos solo se le han solicitado los permisos para permitir el embarque de esos envíos a Cuba.

Resulta aún más sorprendente que, en las declaraciones del Sr. Nuccio, aparezcan las ayudas a CARITAS cubana como formando parte de una estrategia política del gobierno de Estados Unidos para erosionar el poder del Estado en Cuba. Esas intenciones expresadas por el Sr. Nuccio pueden existir en el pensamiento de quienes elaboran la política del gobierno norteamericano con respecto a Cuba, pero seguramente no están presentes en la mente de los donantes: sea la Conferencia de Obispos norteamericanos u otras organizaciones católicas de ese país y no lo están absolutamente en el pensar y en el sentir de la Iglesia Católica en Cuba, cuyas únicas motivaciones se sitúan, como hemos dicho antes, en nuestro amor al prójimo y en el servicio al necesitado en total fidelidad a Jesucristo.

Creíamos estar seguros de que las instancias implicadas en las ayudas humanitarias del gobierno de Cuba conocían muy bien nuestra independencia y nuestras intenciones cristianas, y por lo tanto estrictamente humanitarias, con respecto a la actuación de la Iglesia en Cuba en favor de los necesitados, pero en un artículo recientemente aparecido en el periódico Granma, el autor parece quedar envuelto en la duda que siembra el Sr. Nuccio y, muy probablemente, contribuye a sembrarla en sus lectores.

Se imponen, pues, algunas aclaraciones: La Iglesia tiene su misión propia en orden al servicio del prójimo y nadie debe tratar de instrumentalizarla ni de subordinarla a estrategias políticas o de cualquier otro orden. Las sospechas a este respecto pueden tener serias implicaciones y resultan, además, ofensivas.

La Iglesia Católica en Cuba, ajena a toda manipulación y conservando la propia identidad de su misión social caritativa, continuará desplegando sus esfuerzos humanitarios inspirados en el Evangelio con ayudas de diversas instituciones de diferentes países, con el propio esfuerzo de los católicos cubanos, superando prejuicios y dificultades de cualquier orden y con el solo propósito de servir dignamente a nuestro pueblo.

Este servicio desea prestarlo la Iglesia, junto con otras instituciones humanitarias que tienen propósitos similares, contando con la buena voluntad y la colaboración, no solo de los fieles cristianos, sino de todos nuestros hermanos cubanos.